

GFS-210-A32

PROYECTO DE SOLICITUD AL

EXMO SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE CINEMATOGRAFIA Y TEATRO.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

ARCHIVO

Desde hace mucho tiempo es la Opera española ilusión suprema de los compositores nacionales. Arraigar en nuestra escena un género que en otros países creció próspero era algo más que una aspiración: era un deber que no rehuyeron muchos ilustres músicos cuyos nombres están en la memoria de todos. El hecho de que varios de estos mismos compositores consagraran buena parte de su fecunda inspiración a otro género genuinamente nacional, - la Zarzuela, - no fué jamás impedimento para que su finalidad fuese siempre el gran espectáculo lírico con las mismas calidades que pudiesen alcanzar las óperas extranjeras y dentro, sin embargo, de nuestra gloriosa tradición musical y literaria. El razonamiento no admitía dudas: si en Francia, en Italia o en Alemania pudieron crearse las respectivas Operas Nacionales, ¿porqué en España lograba sólo enfermizo desarrollo contando con músicos y con cantantes capaces de resistir sin desventaja toda comparación?

Y, no obstante, la historia del teatro de Opera del siglo XIX en España está caracterizada por una ingrata lucha y por una serie de inmensos sacrificios y de inolvidables desengaños. Tomás Bretón, esforzado paladín de este ideal, consagró los mejores días de su vida de artista al logro de la Opera española con artículos de Prensa, con campañas públicas y privadas y con la composición de partituras en uno, dos y tres actos; y, después que él, Arrieta, Llano, Pedrell, Emilio Serrano, Morera y otros más pusieron sus mejores entusiasmos en esta campaña, para vencer en la cual tuvieron más de una vez que claudicar en lo más hondo de su fervor patriótico permitiendo ~~que~~ que los libros españoles de sus partituras se estrenasen, en nuestro primer teatro lírico, cantados en idiomas extraños. Ruperto Chapí, uno de los más afortunados cultivadores de la Zarzuela, puso en favor de la Opera todos sus conocimientos y todos sus afanes; y, vencedor de su última batalla, que tuvo por título MAR-

GARITA LA TORNERA, entregó su vida sin dejar de cantar, en su delirio agónico, los trozos más queridos de su ópera recién estrenada. Después de Chapí, Amadeo Vives, Conrado del Campo, Angel Barrios, Federico Moreno Torroba, José María Usandizaga y alguno más vieron sus óperas estrenadas en el Real; pero siempre en condiciones de inferioridad, sin que las empresas trataran el género español con el cariño y la convicción que merecía. Un empresario fué una excepción: Luciano Berriatúa. Pero su noble empresa,—construyendo un teatro, contratando una notable compañía y financiando los montajes de ~~una~~ <sup>tres</sup> óperas nuevas,— estuvo condenada desde el principio al fracaso por causas ajenas a los compositores y las obras. Otro músico español, Manuel de Falla, con la baza doblada de un premio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, concedido a su ópera LA VIDA BREVE, tuvo que emigrar a Francia ante las dificultades que aquí encontró para el estreno; y su obra, hoy admirada en todo el mundo, tuvo que darse a conocer, en francés, sobre los escenarios líricos apropiados de Niza y de París. Al mismo tiempo, Granados estrenaba sus GOYESCAS en Nueva York y Albéniz hallaba también el asilo de escenas extranjeras para presentar su PEPITA JIMENEZ.

La desaparición del Teatro Real agravó el problema que tenían planteado nuestros músicos; los cuales, no resignándose al silencio, hicieron esporádicos intentos en Madrid, en Barcelona y en Bilbao, logrando siempre clamorosos éxitos, garantizadores de buenas temporadas en cuanto éstas hubieran podido articularse con planes económicos adecuados. Hoy, la próxima reapertura del Teatro Real, orgullo de la capital de España, hace sentir a quienes suscriben ~~en~~ estas líneas la responsabilidad en que ~~incurren~~ <sup>incurrirían</sup> si no cumplen el deber de procurar una organización capacitada para que, al abrirse de nuevo las puertas de nuestro primer Coliseo lírico, no se halle la Opera Nacional en la misma situación de inferioridad que antaño. Cuando España, merced a las orientaciones del nuevo Estado, ha podido reconquistar en tantas esferas de la actividad pública la estimación internacional a que tenía derecho, no puede, en estos caminos r

presentativos del Arte, perder la ocasión que las circunstancias le brindan para elevar en alto el estandarte de la Opera española. Para ello es precisa una activa labor de preparación, que puede basarse, afortunadamente, en la gran perspectiva de una pléyade de compositores, <sup>jóvenes</sup> ~~yóvenes~~ o consagrados, dispuestos a ganar de modo definitivo esta gran batalla de la Opera, para honor de España y de sus dirigentes. Nos consta que existen terminadas, y en disposición de ponerse en contacto con el público, obras líricas muy valiosas que han supuesto muchas horas de trabajo y desvelo; y a la vista están, como intentaremos demostrar a continuación, otras muy notables ya sancionadas por favorables sanciones

Cuanto antecede nos ha llevado a considerar la urgencia de una gran campaña de Opera española por todo el territorio nacional, que esté en condiciones de ofrecer las revisiones de varias obras capacitadas, a nuestro juicio, para dar fé de vida de un género llamado a elevarse en plazo próximo a regiones que hasta ahora le habían sido vedadas. Dejando aparte cuatro óperas que, por su raigambre en la entraña popular, no necesitan revisiones y se hallan por lo mismo fácilmente en todos los repertorios, - MARINA de Arrieta, LA DOLORES de Bretón, MARUXA de Vives y LAS ~~WENNO~~ COLONDRINAS de Usandizaga, - la Empresa que nosotros propugnamos se comprometería a montar siete carteles en la siguiente forma:

- Primer cartel: MARGARITA LA TORNERA o CIRCE, ~~de~~ de Ruperto Chapí (libros, la primera, de Carlos Fernández Shaw y la segunda, de Miguel Ramos Carrión).
- Segundo cartel: GOYESCAS, de Enrique Granados (libro de Fernando Periquet) y LA VIDA BREVE, de Manuel de Falla (libro de Carlos Fernández Shaw)
- Tercer cartel: BALADA DE CARNAVAL, de Amadeo Vives (libro de Luis Fernández Ardavín) y ADIÓS A LA BOHEMIA, ~~de~~ de Pablo Sorozábal (libro de Pío Baroja)
- Cuarto cartel: LOLA LA PICONERA, de Conrado del Campo (libro de José María Pemán).
- Quinto cartel: LA MALQUERIDA, de Manuel Penella (libro de Jacinto Benavente)

Sexto cartel: LA VENTA DE LOS GATOS, de José Serrano (libro de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero).

Séptimo cartel: FANTOCHINES, de Conrado del Campo (libro de Tomás Borrás) y BYRON EN VENEZIA, de Eduardo Aunós (libro de Guillermo Fernández Shaw).

Como ha de advertirse, todas estas obras, ya representadas con aplauso, pueden, aislada y conjuntamente, despertar interés en el público aficionado y en la crítica responsable. Quedaría por realizar, como consecuencia de esta campaña previa, una segunda consagrada con preferencia a dar a conocer partituras nuevas que poseen terminadas no menos de una docena de maestros. Sólo nosotros podemos recordar los nombres de Jesús Guridá, Conrado del Campo, Ernesto Halffter, Jesús García Leoz, Eduardo Aunós, Oscar Esplá, Rafael Rodríguez Albert, Juan Álvarez García, Jacinto Guerrero, Victorino Echevarría, Fernando Carrascosa y Roberto Blá.

A base de los títulos antedichos se organizaría una excursión por las provincias españolas y plazas de nuestra Soberanía en Marruecos, de seis meses de duración, con cantantes de primer orden, cuidadosamente seleccionados, y conjuntos corales y coreográficos en consonancia con la calidad de los espectáculos. No es preciso añadir que el montaje de cada obra habría de responder también a esa misma orientación. La dirección artística se otorgaría a persona que, por sus condiciones personales y su solvencia musical, ofreciese las máximas garantías para el éxito de la campaña; persona que tendría a su lado cuantos asesoramientos e inspecciones se juzgasen convenientes. Si en algunas ciudades se concentrase el interés local sobre el montaje de alguna obra determinada, de méritos comprobados, y se pudiese llegar económicamente a acuerdos favorables, la Empresa podría aportar ese nuevo título a su repertorio; pero sin que ello supusiese substitución alguna ni renuncia, por tanto, al cumplimiento del montaje de los siete carteles convenidos.

A la clara inteligencia de V.E. no se puede ocultar que planes de esta elevación y de esta ambiciosa finalidad patriótica, no pueden realizarse en

la forma en que de continuo se desenvuelven los negocios líricos, sin un apoyo del Estado, que sería seguramente el primer beneficiado con el triunfo de una ~~esta~~ campaña como ésta, basada en nobilísimos propósitos y en certeras realidades.

Por todo lo cual, los que suscriben estas líneas SOLICITAN de V. E. la concesión, a nombre de Don José Luis Lloret, de una subvención de 400.000 pesetas (cuatricientos mil) para contribuir a la realización de una campaña de Opera Nacional, de seis meses, por las provincias españolas, con arreglo a los programas e indicaciones que han quedado puntualizados.

La personalidad de Don José Luis Lloret, Catedrático del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, de Madrid, es notoriamente relevante para que creamos innecesario demostrar las garantías de toda índole que ofrece, - y que a nosotros, desde luego, nos inspira, - para el éxito de tan ardua como delicada gestión. Al lado del señor Lloret puede y debe haber las asistencias y los asesoramientos a que antes nos referíamos.

Unidos los que suscriben, - unos, compositores de ~~esta~~ música y otros, de libretos, - por su vehemente amor hacia la Opera española, y seguros de que una campaña de estas calidades tendría amplia repercusión en el porvenir del Género Lírico Nacional, tenemos el honor de someter a la consideración de V.E. nuestros deseos, peticiones e iniciativas, en la seguridad de merecer siempre su atención y, a ser posible, su decidido apoyo.

Es gracia que esperan alcanzar de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, de junio de 1951.

Exmo Señor Director General de Cinematografía y Teatros.